

HAZE

MI VIDA



HAZE

MI VIDA



© Sergio López Sanz, 2023
© por «Carta de mamá»,
Jéssica Lobo Reina, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4774-2023
ISBN: 978-84-670-6950-1

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S.A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

LA HEROÍNA REINABA EN LOS OCHENTA. España acababa de superar una difícil transición política. Después de varias décadas anclada en la oscuridad de un régimen totalitario que fue la consecuencia de una guerra cruenta en la que todos perdimos, las ansias de libertad coincidieron con la libre circulación de todo tipo de drogas. Por aquel entonces, la banda terrorista ETA perpetró algunos de los atentados más sangrientos que recuerda nuestra historia reciente. Dicen que la heroína entró por el norte, no sé, parece casualidad, llámame ingenuo. El caso es que en poco tiempo el suministro se propagó por todo el país. Algunos jóvenes sintieron curiosidad, quisieron experimentar y los polvos blancos y marrones tuvieron éxito, basta con recordar los desfases de la movida madrileña. En cualquier caso, los que han probado el «caballo» dicen que la primera vez provoca náuseas, que es desagradable, pero también dicen que después no pasa, que cuando lo consumes sientes la paz absoluta, que desaparecen todos los problemas. No sabían, pobres diablos, que sus problemas acababan de empezar.

UNA ANTIGUA CABINA TELEFÓNICA. EL RESPLANDOR DE UN MECHERO. Un joven sostiene con una mano un trozo de

papel de aluminio y con la otra un tubo con el que inhala un humo que debe saber a muerto. No quiero mirar, tengo ocho años, me da miedo. Paso de largo. De camino a Polvillo, panadería que había cerca de mi casa, me convengo mentalmente de que pedir fiado es normal, porque no era la primera vez, por lo que no debía darme vergüenza. Sin embargo, cuando me entregan la talega, me cuesta pronunciar las palabras que había memorizado: «Apúntalo en la cuenta de mi madre». Salgo de allí y respiro aliviado. Ya pasó. De vuelta encuentro en el suelo de la cabina varios trozos de papel de aluminio quemado, cristales rotos y un mechero. Silencio.

MI BARRIO OLÍA A MUERTO. O AL MENOS A SUDOR, EMANACIONES QUÍMICAS Y SANGRE. Mi madre me decía que no cogiera caramelos del suelo porque tenían droga. En la época, eran famosos los caramelos Chimos: redondos, con un agujero en medio y con varios sabores. Estaban buenísimos; mis preferidos eran los de mora. Resulta que te los encontrabas en el suelo de la calle, con una envoltura de plástico blanca o gris, a la que le faltaba otra que era de aluminio. Vamos, que los drogadictos compraban los caramelos para usar su envoltorio como superficie donde quemar y poder fumar la droga. Pero eso lo supe porque los mayores me lo contaron. Desde entonces, encontrar un rulo de caramelos era una bendición. Un día cualquiera, buscando al amigo que tenía el balón de reglamento, saboreando un chimo de mora o de piña, presencié una escena de película. A ver si soy capaz de expresarla con claridad. Un hombre conduce

un Vespino o una Derbi Variant por mi calle. Otro, en medio de la carretera, le pide que se pare. Hablan, creo, sin dar voces. De repente, por detrás veo que se acerca corriendo un tipo alto con una chaqueta de cuero, que dos metros antes de llegar al conductor de la moto salta y le da una patada de karate en la espalda. Caen al suelo. El «karateca» patea al hombre con violencia. El otro, el que paró al motorista, levanta el vehículo, se monta, lo arranca y se va a todo puño. Ya solo queda dolido en el suelo un hombre que se siente mirado por un grupo de testigos. Dolorido y solo. Y nunca sabré el porqué. Otro día, un hombre con mala pinta, que iba acompañado de un schnauzer negro de pelo largo, que llevaba suelto, no pudo evitar la tragedia. El chucho de mi vecino estaba cruzando la carretera con la mala suerte de que un demonio le tiñó la vida de rojo. Alaridos del perro que ha sido atacado. Unos gritos humanos a lo lejos. Dientes encharcados de fluido brillante. Un charco que olía a sangre. Algunos vecinos recriminan al dueño del perro asesino que lo llevara suelto sabiendo de su maldad. El hombre tenía un aspecto funesto. Apeataba a sudor. Insultaba a todos los presentes cagándose en sus muertos. Algo me decía, por muy niño que fuera, que podría estar pasando el mono, que necesitaba fumarse un chino. POR ESO DIGO QUE MI BARRIO OLÍA A SUDOR, EMANACIONES QUÍMICAS Y SANGRE: OLÍA A MUERTO.

MURIERON MUCHOS. NO LO SABÍAN, PERO TENÍAN QUE MORIR JÓVENES. A un amigo mío que tenía dieciocho años una sobredosis de pastillas le robó la vida. Era risue-

ño. Llegó de Jerez, donde vivía con su abuela. Sus padres eran de Sevilla. Politoxicómanos, por desgracia. Él eligió vivir en mi ciudad, en mi barrio, sobreviviendo en la calle. Yo le tenía mucho aprecio. Era bueno. A veces dormía en casa de algún amigo; a veces, en un hostel; muchas otras, al raso o en un coche abandonado. En un coche abandonado dormí con él una vez. Te voy a contar qué pasó: discutí con mis padres, es decir, con tus abuelos; gritaron, yo grité, y uno de ellos dijo algo que no se debe decir a un hijo: «Ahí tienes la puerta». «¿Perdona?, ¿de verdad crees que no tendré los cojones de abrirla e irme?, ¿en serio?» —pensaba. Tendría unos diecinueve años, ya era un hombrecito. Cuando cerré la puerta sentí al mismo tiempo un escalofrío y una emoción desconocida. Por aquel entonces, mis amigos y yo escuchábamos a Los Chichos. Flipábamos con la película y la canción del Vaquilla, un famoso delincuente de Barcelona en los años setenta. Dice la canción que desde pequeño solo vio lo malo y que repartía lo que robaba con sus amigos, y que así vivía feliz. Y nosotros éramos amigos de lo ajeno, repartíamos lo que teníamos y vivíamos en un barrio parecido. El Vaquilla era un referente. Y el día que salí de casa con ganas de imitar a ese delincuente lo hice. Robé e intimidé. Tuve la mala leche de dar una patada en la espalda a un joven atemorizado. Me transformé. Le quité el reloj y creo que una sudadera o un chaquetón. Triunfé, o eso creía. Nunca antes me puse al servicio del mal. Luego me arrepentí, y vuelvo a aprovechar esta ocasión para decir lo mismo: lo siento muchísimo. Lo recuerdo y se retuercen mis tripas. Porque gracias a la situación laboral y económica de tu madre y

de tu padre a día de hoy, hijo mío, un día feo, podrías cruzarte en el camino de un desalmado como yo, con un desgraciado que esté jugando a ser malo como yo hice a finales de los noventa. Porque hoy puedo sentir cómo mi pie se hunde en tu costado, como caes al césped del Parque Amate de boca y te quedas sin aire. Porque hoy siento que el niño al que hice daño eres tú. Me está doliendo. Lo siento en el alma. Cariño, todo esto pasó después de tener una discusión con mi madre o mi padre, no recuerdo con quién. Sergio, si alguna vez se me escapa esa frase, no la interpretes literalmente, no lo habré hecho para comprobar si eres capaz de irte; tu madre y yo te amamos hasta matar o morir, eres nuestra razón, nuestro corazón eres.

EN EL BAJO CENTRO DE MI BLOQUE VIVÍA LALI Y SU HIJO DAVID. EN EL TERCERO IZQUIERDA, MAGDALENA Y ELADIO, SU HIJO. Ambas familias vivían en Barcelona y veraneaban en Sevilla. Lali era una mujer con un físico espectacular antes de que el negro de sus dedos se filtrara bajo su piel y su ser ensombreciera. Eladio tenía un cuerpo atlético, ojos desorbitados y mirada de loco. Recuerdo que David calzaba unas J'hayber. Tenía mi edad, acento catalán y melenas al estilo lolailo. Gozaba de chulería y se adaptó al barrio sin problema. Lo veía de verano en verano hasta que dejó de venir. Sin embargo, Lali se quedó a vivir en el bajo centro. Ella solo bebía y fumaba porros. Era simpática y enérgica, de unos cuarenta años. Mi mirada preadolescente admiraba un cuerpo sensualmente moldeado que sin pausa iba adelgazan-

do. Poco a poco su piso se fue convirtiendo en un fumadero. Entraban y salían caras con tizne, bocas sin dientes y cuerpos sin alma. No lo recuerdo bien, pero, probablemente, cerca de un cenicero atestado de colillas, rodeada de paredes manchadas por la humedad, un suelo sucio y un fuerte olor a sudor, Lali murió sola. En el mismo bloque, en otro piso, la madre de Eladio, Magdalena, siempre fue una mujer servicial. Si hacía gazpacho, bajaba las escaleras, tocaba nuestra puerta, saludaba y nos ofrecía una jarra para el almuerzo. Era nerviosa, arrugada y perspicaz. Sufría por su hijo. Eladio tenía tatuajes pali-lleros de color verde, fumaba porros y tabaco y bebía. Casi sin grasa, hiperactivo, con las venas sobresalientes porque cada media hora hacía flexiones, sin camiseta y descalzo, miraba desde unos ojos pequeños hundidos en sus cuencas. Estaba enganchado. Se pinchaba base y caballo. En ocasiones, escuchábamos sus gritos. Maldecía a los muertos. Magdalena intentaba calmarle. Cristales rotos. Alaridos en otro idioma caían desde la ventana a la calle. Vecinos abrían las puertas y cuchicheaban en los pasillos. Un silencio, otro golpe. Silencio. Si no estaba pasando el mono, supongo que sufría el síndrome de abstinencia. No estoy seguro, pero, en un salón desnudo del que no solo una bombilla colgaba del techo, sobre tres o cuatro colillas y un casco de litrona roto, un hombre de treinta y tantos años murió ahorcado.

MURIERON DEMASIADOS. NO LO SABÍAN, PERO TENÍAN QUE MORIR JÓVENES. Cuchillada en el cuello: Abel; accidente de tráfico mortal: Balear; atropello en la autovía debido

a la desorientación provocada por las drogas: Carlos; sobredosis en el talego de Córdoba: Gabriel; un disparo en la pierna y otro en la cabeza: Esteban. Estos nombres me los he inventado por respeto a las familias de los fallecidos. De la «A» a la «Z» fueron apagándose vidas en un barrio maldito. Descansen todos en paz.